



EL DESORDEN DE LOS NÚMEROS CARDINALES

Vicente Marco

Una antología de relatos de Vicente Marco con un denominador común: la lucha del individuo frente a situaciones incomprensibles. El protagonista de estos textos convive con la extrañeza. El macabro juego del azar lo conduce por reovecos desconocidos hacia desenlaces insólitos. La lectura de esta obra supone una experiencia inolvidable, cargada de emociones dispares y hasta enfrentadas (humor, miedo...), al tiempo que una incisiva reflexión acerca de la futilidad humana.

«Hay en esta obra raíces del absurdo, de Kafka y Beckett, de la corriente apocalíptica de *Ensayo sobre la ceguera*, de Saramago, o *La carretera*, de Cormac McCarthy. Pero ante todo hay cuentos que me recuerdan mucho al famoso medio metraje de Mercero *La cabina*, en el que un hombre quedaba atrapado en una cabina de teléfonos y jamás volvía a salir de allí, con un final tan terrible como inexplicable. (...) Mientras uno lee esta colección de magníficos relatos, se plantea si en ocasiones (...) la vida y el mundo son una especie de juego enigmático del que lo mejor que se puede decir es que no tiene ninguna finalidad. Llegamos a palpar ese asombro existencial, la crueldad de un sinsentido en el que nos vemos obligados a participar sin que nadie nos consultara de antemano.» MIGUEL ÁNGEL MALA, *Factor Crítico*.

«La capacidad fabuladora de Vicente Marco no conoce límites. Leer su obra es adentrarse en un espacio insondable, tan mágico como el cosmos de David Lynch o los relatos de Benjamín Péret.» JAVIER ORTEGA, editor.

«Vicente Marco traza en esta colección de relatos un universo propio donde se entrecruzan el hiperrealismo, la sátira social y una imaginación desbordante.» FRANCESC MIRALLES.

Índice de contenido

Rob y el conserje

Un sobre para Rández

El desorden de los números cardinales

El peluquero

Los almacenes Tonyhebe

Por gentileza del Sr. Midas

La mujer de la clínica

Su otro padre

Un plato demasiado frío

El ojo y las vidas extintas

Invadiendo el hemisferio vertebrado

Los cimientos frágiles

Sobre el autor

*A Maribel, que siempre es capaz de encontrar
tesoros en la nada.*

Rob y el conserje

Alertado por un traqueteo metálico, el conserje abandonó la garita y vio al viejo Rob acercándose despacio por el camino que discurría entre el parque de columpios corroídos por la herrumbre, la pantanosa piscina, pista de tenis sin red, la fuente seca, el jardín silvestre... Como todas las noches, el anciano había bajado los cuatro pisos que separaban su casa de la zona común en el Complejo Residencial Hemisferio, pero en esta ocasión arrastraba una pala.

Desde la distancia, Rob carraspeó antes de gritar con sus escasas fuerzas:

—¿Qué hace ahí fuera, Cenet?

El conserje se recompuso el traje, con el que parecía un joven general.

—Me había llamado la atención el sonido de la pala.

Rob meneó la cabeza a izquierda y derecha en un claro gesto de reprobación. Cuando estuvo más cerca, apenas sin poder hablar porque le faltaba el resuello, repitió:

—Le había llamado la atención el sonido... —Y ya con más ímpetu—: ¿Cuántas veces les tengo que decir que no abandonen la garita? ¿Para qué les hemos comprado la nueva televisión? Tienen que empapuzarse de la realidad hasta el hartazgo.

—A veces nos viene bien un poco de aire fresco. Necesitamos descansar.

—Si quieren descansar, dentro tienen las camas.

El conserje intentó rehuir la mirada directa. Le inquietaba el párpado izquierdo del viejo, siempre caído. Se acari-

ció los cuatro lazos pelos de la barbilla.

—La verdad es que no... no usamos mucho las camas.

—Por eso las sábanas se encontraban intactas por las mañanas. Lo habíamos comentado varias veces: deberíamos pedirles que no hicieran las camas, los pobres. Íbamos a decírselo y ahora usted me dice que no les agradan.

—No he dicho que no nos agraden, sino que... que no las usamos.

—Si han observado algún signo de suciedad, si quieren que cambiemos de lavandería...

—No. No. Ya lo hemos hablado otras veces. Las sábanas están perfectas, pero nos da reparo acostarnos. Como nos pagan por vigilar los edificios...

A Rob le sobrevino una tos. Miró al conserje como si deseara indagar en el fondo del alma.

—Les pagamos por vigilar los edificios... Les pagamos por vigilar... claro. Cuánta sutileza. Ya, ya sé por dónde va. —Y repitió con musiquilla—. Ya sé por dónde va.

El conserje iba a responder que no le entendía, pero Rob se le adelantó.

»No se preocupe. Lo comentaré en la próxima junta. Y no crea que la celebraremos dentro de un mes. —Miró el reloj—. Porque ahora es demasiado tarde, la señora Romón se acuesta muy pronto desde que... En fin, pero le doy mi palabra de que mañana por la mañana hago la convocatoria y por la tarde... solucionado.

—El qué.

—Lo del aumento de ustedes, por supuesto. —Se acercó y le apretó el antebrazo con camaradería—. El aumento de sueldo.

El conserje dio un respingo. Y replicó con aspavientos:

—No. Más *aumentos* no, por favor. Nos consideramos muy bien pagados. No sé si podríamos soportar un nuevo... *aumento*. En lo que va de año llevamos trece *aumentos*.

—¿Sabe lo que dice la gente de usted, y con razón, Cenet?

—¿Qué?

—Que por no ofender, no abre la boca. ¡Pues claro que haremos el aumento! ¡Y no un aumento cualquiera! Ya lo estuvimos comentando ayer: estos chicos, con la de horas que echan allí. Lo solos que deben de encontrarse, mortificados por sus propios pensamientos... ¡Es un trabajo tan...! ¡Ha, ha recibido alguna nueva...?

Antes de que el viejo Rob terminara la frase, el conserje desapareció en el interior de la garita y regresó al instante con una desgastada saca verde de lona. La apoyó sobre el alféizar de la ventana.

—Aquí están todas. Incluida la de este mes.

Rob inspiró hondo y miró la saca con arrobó.

—Qué vecinos tan adorables. ¿Verdad?

El conserje fingió un mohín de aprobación y Rob prosiguió:

»Nunca se cansan de contar las vidas ocultas de los demás. También usted debería... Seguro que conoce infinidad de historias de ellos. ¿No se anima?

—Aún no.

—¿Y a qué espera? Le aseguro que le gustará. Esas, esas cartas son la esencia de los edificios. Juntas constituyen el gran libro del residencial. Su memoria. ¿Acaso existe algo más importante que la memoria?

—Estoy muy ocupado con las distracciones que nos procuran ustedes a diario.

El señor Rob entrecerró los ojos.

—¡Ahhh!, deje las excusitas en otra parte. Lo primero es lo primero. Nosotros moriremos, pero el edificio y sus historias permanecerán durante siglos. Además, esas pequeñas narraciones los sacan a ustedes del tedio de tantas horas muertas sufriendo el aburrimiento y... iba a decir el calor, pero de calor ya nada, ¿verdad? Fue una buena idea instalar el aparatito del aire, ¿funciona bien?

—Muy bien.

—Y tenemos una sorpresa, no se crea.

El conserje sintió que se le revolvió el estómago. Retrocedió dos pasos.

—Otra... ¿sorpresa?

Rob miró a izquierda, a derecha, luego hacia los edificios, se acodó en la cornisa e introdujo medio cuerpo en la garita.

—Supongo que puedo confiar en usted.

—...

—Que será usted una tumba. No se puede imaginar cómo se pondrían los de la comunidad si supieran que se lo he anticipado, con la ilusión que les hace comunicarlo a ellos.

—No diré nada, no se apure.

—Vamos a ampliar la garita —susurró.

—¿De nuevo!

—*Chsttttt*, no grite. Pueden oírnos. Haremos una sala de juegos, con billar, ping pong, y mesas para cartas. Todo siguiendo el patrón arquitectónico, los amplios ventanales de suelo a techo...

—¡No necesitamos otra ampliación! —Intentó serenarse—. Estamos bien así. Por favor. No tenían... no tenían siquiera por qué haber habilitado la biblioteca con la chimenea, ni el bar, tampoco el bar, ni la habitación para escuchar música. Ni el *jacuzzi*, el *spa*, la sala de masajes. Ni... Ni... la cocina, y mucho menos llamar al chef que viene a preparar la comida... Eso por no hablar del poeta de los lunes, el yoga de los martes, el mago de los miércoles, el monologuista de los jueves. Las lecturas de los viernes, el grupo musical de los sábados o la eucaristía de los...

—Cualquier cuidado es insuficiente.

—¿Insuficiente? ¿Insuficiente? Les estamos más, más que agradecidos. En exceso agradecidos.

—Eso deseamos. No sabe lo mal que lo ha pasado la señora Brisa el último mes. —Le puso la mano en el brazo y

añadió—: Ha sido un golpe tan duro para ella... Después de que los ladrones desvalijaran la casa y acuchillaran al señor Chez, no levanta cabeza. El mismo día del entierro, cuando llegamos aquí, lo primero que dijo fue: «No sé si podré soportar tanta congoja, tanto dolor. Ese dolor que me muerde en el pecho como un perro, el dolor que me provoca que los pobres chicos se sientan... se sientan culpables».

—Por favor, ahora no. Otra vez con...

—No. No se excuse. No. Lo que yo le dije: «Tranquila, ellos saben que no tuvieron nada que ver, igual estaban viendo la tele y no se dieron cuenta». Yo creo que sería bueno que hablaran con ella, que le dijeran que se encuentran ustedes bien, que no tienen ningún remordimiento. ¡La alegrarían tanto! Va a volverse loca si no lo hacen.

—Estamos bien. Que nadie se preocupe. Ni usted ni... ella.

—Supongo que es inevitable. En su situación yo habría sufrido más incluso. Por cierto, ¿ha comentado con el resto de huerfanitos lo que les propusimos?

—Lo estuvimos hablando, pero quería decirle...

—Es una buena manera de ahorrar. Los planes de pensiones resultan tan interesantes para las personas de su edad... Y a nosotros tampoco nos cuesta mucho hacer una pequeña aportación.

—¿Una pequeña aportación? Es, es un pago... y ni ellos ni yo tenemos familia a la que dejar...

—Ya, ya... Lo dice como si nos los hubiéramos criado desde pequeños.

—Entonces ¿para qué narices queremos un plan de pensiones?

—¡Para ustedes! Ustedes serán los beneficiarios. Y le aseguro que es una propuesta muy atractiva. Como un gran juego. Un hermoso juego. ¿A quién no le gustan los juegos? Piénselo. Los metemos en el plan del residencial. Han pasado ya setenta y cinco años, desde que lo creamos en

1956 y el fondo ha ido aumentando hasta... —Resopló—. Hasta... no le quiero ni contar. —Le brilló la mirada antes de añadir—: El último propietario será el heredero de todo. —Se reclinó hacia detrás y señaló con vaguedad los edificios—: De las viviendas, del local desocupado, de la peluquería, los Almacenes Tonyhebe y de la zona común: el tenis, los jardines, la piscina... y lo fundamental: dueño de... —señaló la saca de las cartas— esas imperecederas historias. Qué mejor herencia.

El conserje suspiró antes de retirarse unos pasos en el interior de la garita.

—Mire, no, de verdad. No. —Hizo una pausa y tragó saliva—. Hay algo que debo confesarle.

Rob frunció el ceño y lo observó con escepticismo.

—¿Algo de qué?

—También... también nosotros, me refiero a... todos los huerfanitos, en fin, hemos, hemos hablado. Hemos mantenido una reunión de conserjes.

—¿Ah sí? ¿No me diga?

—No estamos contentos.

A Rob le mudó el semblante. Pareció palidecer. Sacó el pañuelo para enjugarse la cara y la frente.

—¿Usted tampoco?

—Tampoco.

—¿Qué, qué, qué más necesitan? ¿Se nos ha pasado algo? Ya saben que pueden ponerse en contacto con nosotros para solicitar lo que...

—Precisamente todos estamos de acuerdo en que lo único que necesitamos para alcanzar esa pretendida felicidad, es que no se preocupen tanto por nosotros.

—Por Dios, qué cosas dice. Cómo no habríamos de preocuparnos. Su trabajo es tan ingrato... Y tan importante. Vital. Y más ahora, dentro de poco la maldita bacteria amenazaré el mundo y...

El conserje dijo para sí: «Ahora toca la bacteria.»

—... acabaré con las ciudades. Con los edificios. Créame. —Se rio y señaló al edificio derecho—. Con todos menos con este. Es sólido como una pirámide y ustedes, ustedes constituyen su complemento ideal. Casi podría decirse que nacieron aquí. Aún recuerdo cuando solo eran cuatro cachorrillos pegados a las faldas de su madre. —Lanzó la mirada al infinito—. ¡Uf! Su madre. Qué mujer tan... Lástima que se nos marchara joven. —Permaneció un tiempo callado, hasta que retornó a la realidad—. Pues como le decía, son ustedes muy buenos, Cenet, créame. No podríamos encontrar personas más competentes. ¿Que de vez en cuando alguien salta la verja y comete algún desaguisado como el del marido de la... señora Brisa? Bueno, y qué. La perfección —se santiguó—, la perfección solo existe en aquel que lo vigila y lo ve todo. —Entrelazó los dedos índice y corazón superponiéndolos repetidas veces uno sobre otro, otro sobre uno, haciéndose el gracioso aunque el conserje permaneció serio—. ¿Entiende? ¿Entiende usted la comparación? La perfección solo existe en aquel que lo vigila y lo ve...

—Lo único que entiendo es que —carraspeó—... En fin, queríamos hacerlo público el miércoles, antes de que viniera el mago, pero ya que está usted en plan de confidencia se lo diré: hemos tomado la decisión de marcharnos.

—No es posible. ¿Usted... usted también?

—Sí.

El anciano se cubrió el rostro con las temblorosas manos. Inspiró hondo y se frotó las sienes.

—Pensé que usted no... ¡Dios! No, no lo resistimos.

—Seguro que encuentran a alguien que acepte el trabajo. Les vendrá bien la novedad.

—Somos, somos ya muy ancianos para novedades. Lo saben. No queremos más sorpresas. Nos hemos acostumbrado. Son, son parte de nuestra familia. —Señaló con vaguedad hacia los edificios—. Qué será de ellos, tan solos, sin nadie a quien vigilar... —Se quedó pensativo—. ¿Al-

guien, alguien les ha faltado al respeto? En fin ya me entiende... Podemos, podemos, podemos expulsar a miembros de la comunidad aunque sean propietarios. Lo hemos hecho otras veces. No hay ningún problema. Redactamos un acta y...

—No. No es eso.

—Qué es entonces. Diga. Solo tiene que pedirlo.

—Pensamos que...

—¡Qué!

El conserje se armó de valor, inspiró hondo antes de decir:

—Que ya no vive nadie en los edificios.

Rob soltó una estentórea carcajada.

—¿De verdad? ¿Era eso? —Siguió riéndose—. ¿Cómo que...? ¿Y las cartas? ¿Y los sonidos? Por favor... ¿No los escuchan por las noches? Los lamentos, los susurros...

—No.

—Igual tienen muy alta la voz de la tele.

—No. No solo es un problema de voz. Es que no los vemos nunca. Ni por la mañana ni por la tarde ni por la noche. No los vemos.

—¿Y de verdad quieren verlos?

—¡No! No es que deseemos verlos pero... Mire, sea lo que sea, nos marchamos de todos modos.

—¿Y adónde piensan ir?

—Nos retiramos.

—¿Se retiran? Pero si son ustedes unos niños...

—Cierto, pero después de sus generosas aportaciones no nos hace falta trabajar. Veintiocho pagas eran muchas pagas, señor Rob.

—Lo hacíamos por su bien.

—Lo sabemos.

Con paso lento, el anciano rodeó la garita y abrió la puerta.

—Escuche, escuche... si, si va a retirarse, venga a vivir aquí. Transformaremos este cuchitril en una lujosa vivienda.

No nos costará mucho. El mismo arquitecto que ha diseñado la ampliación...

—No.

—¡Oh! No se ponga terco. La comunidad no podrá soportar un desprecio como este. Prepárese para un suicidio colectivo. Imagine: la gente tirándose por las ventanas al comprobar que ya no están. Que nos han abandonado.

—No conseguiremos convencerlos de nuevo.

—La señora Esther la con el rostro estampado en el suelo, al lado de un gran charco de sangre; el bueno de Marco con el cuello roto, boca arriba... La señora Romón con las venas... Eso, eso por no hablar de los que se envenenen y los que... Será una verdadera masacre.

—Por favor... Hemos tomado esa decisión y nada conseguirá ya disuadirnos. Nada.

El rostro del anciano perdió la macilenta candidez y se crispó de súbito.

—Y ustedes mientras tanto, retirados, disfrutando de este dinero que nos han robado. Porque ha sido un robo, no lo dude, un robo si nos abandonan. No tienen principios. Los criamos desde pequeños, desde que su madre murió. Les ofrecimos trabajo y sustento...

—¡Oh, por favor! No saldrá nadie a protestar, se lo aseguro. Porque ahí no quedan ni las ratas desde que trasladaron a los vecinos después de que se aprobara el nuevo plan de ordenación, y en unas semanas, unos meses a lo sumo, llegarán las máquinas para derruir...

—No diga tonterías. ¡El nuevo plan de ordenación! ¡Las máquinas! Cómo que no queda nadie. ¿Cómo que no queda ningún vecino en los edificios? Se necesita ser ignorante. Dentro de nada bajarán. En cuanto observen que algo no funciona normalmente no podrán evitar la curiosidad. A duras penas irán saliendo de los zaguanes y en cuanto sepan que nos abandonan, puede imaginarse qué harán. Lo sabe, ¿verdad? Lo sabe demasiado bien. Mire. —Su cada-

vérico dedo señaló hacia el jardín—. ¿No se ha fijado en eso?

—Pues no. He pasado la noche en... en la bañera de hidromasaje con las muchachas que enviaron por la tarde.

—¿Cree que... que no he hablado antes con ellos? ¿Que este tipo de conversaciones se mantienen en secreto? No. No se juegue el destino, Cenet. Mire, mire el mogote...

Un tálamo de tierra removida se alzaba limpio de hierbajos como un chichón entre la maleza del jardín.

—Qué insinúa.

—Lo sabe muy bien.

—No.

—Sus compañeros no quisieron comprender.

El conserje abandonó la garita de súbito y comenzó a excavar con las manos mientras repetía: «No es cierto. No es cierto. Dígame que no es cierto. No es cierto, por favor...». Hasta que su mano chocó contra algo duro y al retirar la tierra observó con pánico la pernera de un uniforme de conserje.

—No. No puedo creerlo. Cómo ha sido capaz. Cómo...

—Yo no. —Señaló al edificio derecho—. Ellos.

Frente a él, el anciano lo aguardaba desafiante. Había cogido la pala.

»Y ahora usted va a entrar en razones.

—¡Está peor de lo que pensaba!

Haciendo caso omiso de la amenaza, el conserje vadeó al anciano y se dirigió a la verja de salida del complejo. Pero encontró la puerta cerrada.

—¿Cómo ha conseguido...? ¡Abra!

—Escuche, Cenet...

—No. No quiero escuchar más. Voy a llamar a la policía y le van a...

—Le he allanado el camino. Eso es lo que he hecho. Los tiempos cambian. Las vidas se agotan. Ahora todo puede

ser suyo. Suyo. ¿No lo entiende? ¿Recuerda el plan de pensiones?

—Está loco. ¡Abra! —Siguió tirando de la puerta mientras Rob se acercaba, despacio pero implacable, con la pala en ristre.

—Solo deberá contratar unos nuevos conserjes. Hasta que... en fin... hasta que haya pasado el tiempo y se sienta viejo y cansado. Viejo y cansado. Viejo y cansado...

—¡Abra!

—... viejo y cansado, viejo y cansado como yo.

—Déjeme salir. Dónde está la llave.

—Ocuparé mi puesto de presidente —repitió con ojos delirantes, mostrando la llave al tiempo que cerraba el puño.

El joven se abalanzó sobre él y lo aferró por el cuello.

—Démela. No quiero hacerle daño. No quiero hacerle daño...

Pero el viejo parecía un disco rayado.

—¡Todo será suyo! ¡Suyo! El ciclo debe continuar. Somos los portadores de las historias... el ciclo...

—Maldita sea. Deme esa llave de una vez. La llave...

—Y siguió apretándole el gáznate hasta que la pala cayó al suelo con una resonancia metálica que, en efecto, parecía poner fin a un período. Los ojos de Rob abiertos de par en par. La cabeza ladeada. Empezaba a enfriarse cuando el conserje se separó de él. Se limpió el sudor de la frente e intentó abrir el puño del viejo. Pero los músculos se habían agarrotado como una salvaguarda inexpugnable. Ni siquiera había posibilidad de introducir el dedo.

Crejó escuchar susurros que brotaban del edificio. Un murmullo general. Y el ruido de una persiana que se abría. Incluso algunos pasos.

El puño de Rob seguía cerrado y de sus labios cárdenos aún parecían brotar las últimas palabras:

«Suyo, Cenet. Todo suyo. Los edificios, el local desocupado, la peluquería, los Almacenes Tonyhebe, las zonas co-